

Y cuando buscó con los ojos algun movimiento causado por su grito, percibió solamente á lo lejos un punto negro que marcaba sobre la superficie azulada del mar la barca que le habia conducido, trabajando á la sazón por doblar la punta de Oropesa.

Entonces se arrepintió del premeditado silencio que habia guardado en la barca; buscó inútilmente en su imaginación la causa de aquella soledad, y poseído de una inquietud creciente, caminó largo rato con mucha rapidez.

Pisó por fin la meseta de la colina. Recobró la animación como si en aquel punto ya todo le inspirase confianza, y acortó su marcha un instante para deleitarse en el panorama que descubria al suave crepúsculo de la tarde: para saborear poco á poco aquella perspectiva consoladora.

Era en verdad extraño y ameno el ancho valle que comenzaba en aquel lado de la colina. Sobre una ilimitada capa de verdura, destacaban sus blancas paredes numerosas casas, esparcidas sin orden, unidas unas veces, y separadas otras por mil árboles de géneros y aspectos distintos. Ostentaban algunas la altura de sus dos pisos, saliendo atrevidas del fondo de una pradera jaspeada de dalias y claveles; otras mas modestas, solo levantaban del piso un mirador rodeado de jazmines, que dominando la colina, se convertia en un balcon sobre el Mediterráneo; las habia, en fin, aun mas humildes, cuyas bajas ventanas, cubiertas de enredaderas y pasionarias, se abrian únicamente sobre el campo que las cercaba, como si su techumbre, escondida entre los árboles, debiera recordar que solo en aquel terreno querian vivir sus ignorados dueños.

Al otro lado de la cuenca, ocupaba la falta de una montaña un pueblo colocado sobre el risueño valle, como un señor natural, y bañado por el mismo arroyo, cuyos cristales alimentaban la varia vegetación del paisaje. Pero aquel pueblo que se presentaba reclinado con orgullo sobre la falda del pequeño monte, como descansa un conquistador sobre sus coronas, se veia humillado á su vez por una torre blanquísima, que levantaba su aguja y su cruz hasta la altura del humilde cerro.

El jóven caminante, á pesar de su inquietud, á pesar de la escasa luz que ya podía disfrutar, sintió al descubrir aquel nuevo horizonte una indescriptible conmoción que se reflejó un instante en su cara.

Pero apenas habia detenido la vista en los accidentes del pintoresco valle, apenas habia fijado sus miradas en una casa del inmediato puebló, cuando aumentó repentinamente su ansiedad, y comenzó de nuevo su marcha entrecortada, aunque rápida.

Y era que en aquel campo faltaba tambien hasta la sombra de un ser humano; y que allí no se percibian siquiera aquellos escasos restos de ganados que el jóven habia mirado en la playa: y era que en aquella hora del anoecer, que tantos ruidos, que tanta animación, que tanta y tan grata vida presenta en los valles, no se descubria entonces una sola familia que se retirara, ni un pastor que recogiera cantando su ganado, ni un campesino que volviera tranquilo al hogar.

El valle estaba solo; pesaba sobre su aspecto la falta del hombre, del impulso constante de la tierra, del segundo removedor de la naturaleza terrestre. Las mismas aves habian huido y yacian exánimes en sus nidos.

La luz de la tarde no habia desaparecido por completo;

SEGUNDA SERIE.—1860.

pero un manto canicular, una nube cargada y opaca cubria la atmósfera entera, y sin oscurecerla totalmente la daba un aspecto lúgubre, abrumador, siniestro.

El jóven, convertido en niño, se sintió profundamente angustiado; anublóse su rostro espresivo y comenzó á correr por aquella pendiente mirando á todas partes como si alguno le persiguiera; respirando con trabajo, serenándose á medias para buscar el rastro ó la imagen de un ser amigo y continuando luego su incierta marcha.

Así atravesó todo el valle, llamando en cuantas casas hallaba, mirando por todas las ventanas, indagando sin fruto y con ansia indecible.

Cuando solo le faltaban cien pasos para entrar en el pueblo de la blanca torre, se detuvo un momento ilusionado con una ligera esperanza.

—Ya comprendo, dijo en voz alta, hablando consigo mismo; fiesta en Oropesa, ó la de Alcalá.—¿Pero habian de marcharse todos, todos?...

Y antes de que pudiera contestar á aquella sensata objeción de su instinto, llegó á sus oídos el tañido de las campanas que en lo alto de la blanca torre doblaban fúnebremente.

Se heló sobre el rostro del mancebo el sudor que cubria su frente, contrajéronse sus varoniles facciones, y con paso mas lento caminó al pueblo procurando dominar el pavor que asomaba tenaz á su fisonomía.

Entró por fin en la primera calle cuando caian sobre las paredes las últimas y melancólicas tintas del crepúsculo.

No reparó en la soledad de aquel sitio; no vacilaron sus pasos detenidos como en la colina por gratos recuerdos, no volvió la mirada hácia el mar que desde allí se descubria en lontananza como movable sábana de niebla.

Pasó delante de una puerta cerrada, luego de otra, y de otra, y de otra. Clavó la vista en el cielo como para pedirle que no despedazara su alma con la esplicación de aquel misterio. Y solo una atmósfera pesada, oscura, trístísima; esa atmósfera que cubre la tierra siempre que la Providencia descarga sobre ella una de sus desgracias, cuyo sello está desde que llegan en toda la creación. Y solo percibió entre aquella capa de aire opaco y caliente el sonido acompasado y lento de las dos campanas que á largos intervalos formaban combinadas el quejido metálico del toque mortuario.

Pero era hombre al fin; era jóven, y por muchos augurios fatales, por muchos presentimientos de desdicha que sintiera y tocara en torno suyo, no podía detenerse ni retroceder.

Habia en su alma, por otra parte, un impulso superior á la fuerza del miedo y á la de todos los impulsos humanos: amaba.

Se acercó, pues, pálido á la quinta casa de aquella solitaria calle; levantó presuroso el pestillo de una puerta mas aristocrática que sus vecinas, y dejándola del todo abierta penetró sin vacilar en el zaguan.

—Dolores, gritó con voz angustiada, Dolores... Lola.

Peró nadie contestó á su grito.

Entró en una sala baja cuya puerta halló franca ante sus pasos; subió luego al piso superior, atravesó gabinete y alcobas, salió por un pasillo á la azotea cubierta de tiestos que daba sobre una huerta á la parte posterior de la casa.

Todo lo halló perfectamente colocado, con ese orden

AÑO XVIII. 30

limpio y humilde que rebosan las buenas habitaciones campestres; todo estaba en su puesto como si la vida se hubiera retirado un momento antes de aquella casa.

Pero todo estaba solo, abandonado, desierto.

Erizóse poco á poco el cabello del mancebo, desencajóse su rostro por completo, y dominando apenas el pánico terror que le poseía, acercóse meramente al pico de la escalera y gritó con voz acongojada:

—¡Jorge!... ¡María! ¡Lola, Lola!

Pero solo el eco respondió en el cielo de la sala baja como pudiera en el fondo de una caverna... Lola...

Helóse la sangre en las venas del recién llegado y dió un paso para bajar el primer escalon.

Al mismo tiempo, una de aquellas brisas del Mediterráneo que dominaban á veces el viento de Occidente, cerró con violencia la puerta de la calle.

El joven tembló al escuchar aquel golpe que le encerraba en la desierta casa, y dejando caer su sombrero, bajó las escaleras corriendo como si le persiguiera la sombra de la muerte.

Atravesó el zaguan con paso rápido y su rostro descompuesto, abrió la puerta temblorosamente y dió el primer paso en la calle solitaria.

El médico del pueblo atravesaba entonces aquella calle.

—¿Qué hay?... ¿dónde? le preguntó el joven, asiéndole por un brazo y sin poder coordinar sus palabras.

—Mal, mal, el cólera crece, contestó desprendiéndose el médico.

Y continuó su camino, mientras el joven desfallecido, caía sobre el banco de piedra colocado delante de la casa.

Seguían las campanas su lúgubre toque. Era ya totalmente de noche.

UN RECUERDO DE GARROVILLAS.

SOBRE SU PUENTE DERRUIDO LLAMADO DE ALCONETAR, SOBRE EL RIO TAJO, EN ESTREMADURA, PROVINCIA DE CACERES.

Desde la antigüedad mas remota ha sido codiciada la posesion de España por los mas famosos conquistadores. La historia tiene consignadas en sus fieles páginas numerosas pruebas de esta verdad; y las dos repúblicas mas poderosas, Roma y Cartago, hicieron teatro de sus proezas á este hermoso pais. Si, los descendientes de Rómulo y Remo, fundadores de Roma, á quienes la historia romana finge que fueron alimentados en su infancia por una loba, no podían ver con indiferencia que los descendientes de Elisa ó Dido, fundadora de la orgullosa Cartago, edificada sobre el terreno que ocupara la piel de un solo buey, aumentaran sus conquistas en un pais tan rico en metales preciosos. De aqui la rivalidad de estos dos grandes pueblos, terminada con la ruina y destruccion de Cartago.

Muchas y bien marcadas son las huellas que de la dominacion romana han quedado en nuestra España; y los restos de un soberbio puente de arquitectura greco-romana, que hay en el sitio de Alconetar, distante una legua al Oriente de la villa de Garrovillas, constituyen un monumento arquitectónico, que vencedor del tiempo, tirano del

universo, y atravesando una larga serie de siglos, ha llegado lleno de magestad hasta nosotros. Cuando el arqueólogo dirige una mirada investigadora sobre este monumento, que aun descuidado por tantos siglos, conserva tanta gallardía, tanta hermosura, tanta magnificencia, y no sé qué imperio magno, sobre el hombre pensador, y amante de las ciencias y glorias nacionales; que se cree trasportado á los tiempos dichosos de su construccion, y tanto, que parece ve el semblante serio de su arquitecto trasladado fielmente á su obra inmortal; ve el plano delineado por el mismo y ejecutado con la mayor precision; ve á numerosos obreros sumisos á sus órdenes; oye el fragor del taller de Vulcano, y sus ciclopes construyendo las herramientas necesarias á tan grande obra; oye el ruido estrepitoso de los martillos y picos que labran sillares enormes; oye el rechinado de las poleas oprimidas con el peso de la argamasa y sillares mismos; y saluda las diferentes razas, ejércitos y héroes que por este puente han pasado; y cuando vuelve de su enagenamiento, se halla poseído por la envidia y de un respeto profundo á sus predecesores.

La gente sencilla de este pais está en la persuasion de que este es el puente de Mantible, ganado á los infieles por el emperador Cárlo Magno y sus doce pares; que aqui pelearon Oliveros y el gigante Fierabrás de Alejandría; que apoderado Oliveros de los dos barriles que Fierabras tenia henchidos de un bálsamo tan maravilloso, que solo con gustarlo curaba radicalmente las heridas mas profundas, los arrojó al rio; que estos dos barriles flotan en la superficie del agua y sitio de Rochafria todos los años á la salida del sol en el dia de San Juan Bautista; que Ricarte de Normandia, uno de los doce pares, pasó este rio por el vado del Ciervo que está por cima de este puente; que aqui fué vencido por los franceses el almirante Balan; y finalmente, que aqui tuvieron lugar las hazañas caballerescas que se refieren en la obra titulada: «Historia del emperador Cárlo Magno, de las grandes proezas y hazañas de los doce pares de Francia, etc., traducida al castellano por Nicolás de Piamonte, impresa en Valladolid en el año de 1772.» La crítica, la sana crítica, esa piedra de toque donde se prueba la verdad histórica, niega el título de *historia* á este tejido de absurdos y verdadero cuento de caballerías.

Empero, ¿cuándo fué construido este puente? ¿Quién fué su arquitecto? ¿En qué época fué derruido? ¿Hay vestigios de haberse emprendido su reparacion?... Mi satisfaccion seria grande si me fuera dado contestar satisfactoriamente á las preguntas primeras, abriendo una pequeña claraboya por donde penetrara un rayo luminoso en los oscuros antros donde yace adormecida la historia antigua de este pais; mas ya que desgraciadamente no pueda serlo exacto, procuraré hacerlo al menos por medio de algunas conjeturas que puedan convertir en penumbra la oscuridad que la retiene en sus tenebrosos celages. ¿En qué época fué construido este puente?... Pocos años despues en que Tiberio Graco hizo construir las vias ó calzadas que ponian á Roma en comunicacion con las poblaciones principales de Italia, marcando las millas en grandes columnas de mármol llamadas entonces *lápidas* y despues columnas miliarias, vino á este pais conocido en aquella época con el nombre de España ulterior, el cónsul Publio Licinio Craso, padre de Marco Craso, el Rico, cuya venida tuvo lugar en el año 95 años de Jesucristo: «Antonio de Lebrija, citado por Ambrosio

de Morales, tomo 5.º de la Crónica general de España, libro 8.º, folio 61, asegura, que este cónsul, Craso, fué el primero que hizo aquella notable calzada, que llamamos comunmente el camino de la Plata, y va desde Salamanca hasta Mérida; y dice se entendía ser así, por muchas columnas escritas de las de aquel camino que lo testificaban, las cuales él leyó, y ahora parece no existen.» Tal vez se confirmaría hoy el aserto de Lebrija, si pudieran leerse las inscripciones de muchas columnas miliarias, que en este camino de la Plata yacen caídas de los pedestales, donde por muchos siglos lucieron erguidas sus formas esbeltas. Esta calzada, que ponía en comunicacion á Mérida con Caparra y Salamanca; esta calzada, que ponía en contacto á pueblos tan distantes, á países tan fértiles, y de producciones tan variadas; esta calzada, destinada á fomentar el comercio de poblaciones de primer orden; y esta calzada en fin, que aseguraba á los romanos la dominacion de un país tan belicoso, exigía puentes en los torrentes y rios que atravesaba, sin los cuales quedaban incompletos los planes grandiosos al par que previsoros del pueblo rey.

He dicho que el camino de la Plata ponía en comunicacion á Mérida con Caparra y Salamanca; y al hablar de Mérida, no lo hago como colonia romana, sino como de un pueblo considerable, cuyo nombre se ignora, el cual fué sustituido por los romanos con el de *Augusta Emerita*; así como Córdoba se llamó primeramente *Corduba* y despues *Colonia Patricia*; Sevilla se, denominó *Hispalis*, y cuando Julio César la fortificó y adornó con edificios suntuosos, la llamó *Julia Rómula*; y se cree que la misma Roma es anterior á Rómulo, quien hizo que perdiera el nombre que primero tuvo y tomara el suyo á causa de haberla fortificado y dado leyes. Sabido es, que Mérida, debe el honroso título de colonia al emperador Augusto, quien terminada la guerra cantábrica, y con el laudable objeto de premiar á los soldados *emeritos*, que en la misma guerra se habían distinguido, estableció en Mérida los de las legiones 5.ª y 10.ª á las órdenes de Tito Carisio en el año 24 antes de Jesucristo, honrándola con su mismo nombre y la prerogativa de colonia. Sería por tanto un anacronismo incompatible con la cronología histórica ocuparme de Mérida como colonia antes de haber obtenido esta honrosa distincion.

Durante la permanencia en España de Publio Licinio Craso, debió construirse el puente que me ocupa, y en el caso que no alcanzara mas que á la construccion de la calzada, el cónsul Quinto Cecilio Metelo Pio, quien vino á nuestra España en el año 78, antes de Jesucristo, venció en la Vettonia lusitana (Estremadura) á Hirtuleyo, capitán de Sertorio en el 74, de la misma época, y se cree que fundó á Cáceres y Medellín, y parece debió terminar la obra empezada por Craso. Esta conjetura se robustece mas y mas, si se toma en consideracion, que Metelo permaneció bastantes años en el país, que lo pacificó y pobló, y que los ejércitos romanos se ocupaban en obras públicas cuando la guerra no utilizaba sus servicios. En uno y otro caso, la construccion del puente se remonta á una época anterior á la venida de Jesucristo; y de aquí se deduce, que si no es el primero, es al menos de los primeros, que los romanos construyeron en nuestra nacion.

¿Quién fué su arquitecto?... Si los restos del puente conservaran, ó entre sus ruinas, se halláran las inscripciones encargadas de transmitir á las generaciones sucesivas esta y

otras noticias análogas á las que se conservan en el puente de Alcántara construido en tiempo de Trajano, fácil sería dar una contestacion satisfactoria; empero careciendo de medio, es necesario acudir al recurso ordinario, á las conjeturas.

En las haceñas denominadas de *Cabildo*, situadas cosa de un cuarto de legua por bajo del puente, hay en la canal de la segunda haceña una cantería entre muchas, que aun hay, que conserva legibles estas cinco letras *L· VIVI*. Esta inscripcion tenia otros renglones que, unidos á los de otras canterías debieron espresar la época de la construccion de este puente, los pueblos ó legiones que á ella concurrieron, la dedicacion y el nombre de su arquitecto; pero la estupidez unida á la ignorancia, no tuvieron bastante con haber incrustado esta cantería en la pared de manera que los ángulos de las letras están colocados al revés, sino que á mas, picaron bárbaramente las otras letras. Juzgo que afortunadamente se ha conservado por las cinco letras mencionadas el nombre de Lucio Vivio, que se tiene por el arquitecto del espresado puente, á la manera que en el de Alcántara, quedó consignado el de su arquitecto Cayo Julio Lacer. En esta cantería, así como en las otras, que se ven en las haceñas, se ostenta el color, que con el discurso de los siglos adquieren las empleadas en los edificios antiguos; su gran volúmen, su grano y figura cuadrilonga, manifiestan que han sido sillares empleados en el puente, y por lo tanto, que no proceden de lápidas sepulcrales ni de columnas miliarias.

¿En qué época fué derruido?... Cuando España la invadieron los sarracenos, el puente no estaba arruinado. Muza, general sarraceno, se apoderó de Mérida á principios del siglo VIII; y cuando sus tropas, avanzando, ocuparon á Norba Cesárea (Alcántara,) el puente de Trajano las admiró, y á Muza le admiró mas la magnificencia de Mérida, que le arrancó á su vista y presencia este testimonio de admiracion: «Parece que todas las naciones del mundo han concurrido á la construccion de esta ciudad: feliz aquel que la posea;» pero no se preocupó hasta el extremo de ponerle un nombre árabe, como hicieron los sarracenos con Norba Cesárea, llamándola Alcántara, que, segun los intérpretes, significa *un puente*; cual si dijieran el puente mas bello, magnífico, sólido y gigantesco que hemos visto. De este modo, cuando los mismos ocuparon á Túrmuli, situado, segun Antonio Pio, á la margen derecha del río Tajo, y sitio de que al presente me ocupo, le llamaron Alconetar, esto es, *dos puentes*, aludiendo á los dos hermosos puentes que los romanos habían construido en este punto: el mayor sobre el río Tajo, y el menor sobre el río Almonte; de lo cual se comprende y deduce, que estos dos puentes fueron derruidos despues de la invasion sarracena, y se juzga, que los sucesores de estos africanos destruyeron los dos puentes á principios del siglo XIII, ó bien sea en la época de la reconquista, á fin de ponerse á cubierto de la invasion de los cristianos, que acababan de conquistar valerosamente á Coria y Galisteo; y no puede creerse á los cristianos autores de la destruccion, mediante á que les era necesaria la conservacion de los dos puentes, ya para tener espedita su comunicacion con el país recién conquistado, que quedaba á la espalda, ya para recibir fácilmente los refuerzos y víveres que necesitaran en la continuacion de tan gigantesca empresa; y ya para tener una retirada segura al par que cómoda en el caso de un contratiempo.

La noticia mas antigua que de la destruccion del puente

de Alconetar se ha podido adquirir, se refiere al año 1233, á 11 días del mes de febrero, en cuyo día se espidió la carta de villazgo de Garrovillas, por el rey don Alonso de Leon, (creo que es el VIII.) en cuyo documento se lee, entre otras cosas, lo siguiente; «los vezinos de la villa ayuden á facer «barcas al señor para el río, pues ya puente no ay, e todos «los otros vezinos de a tierra no paguen pasaje quier ya, «quier venir, quier ayudar.» De lo cual se viene en conocimiento, que en la fecha de este documento la destruccion del puente de Alconetar no era antigua.

Aun cuando no consta la época en que se empezó á usar de la luria, en el año 1418, habia dos lurias en el sitio de Alconetar; una en el Tajo, y otra en el Almonte; que estuvo la primera, ó sea la del Tajo, mas arriba del puente de Alconetar, donde se ven vestigios de una casa y otras ruinas, que aun se denominan la Luria vieja. El artefacto de la luria, que sirve solamente para el paso de ganado trashumante, no es otra cosa que un camino de madera de cerca de tres cuartas de anchura, apoyado en barcas pequeñas, que flotan á distancia proporcionada en la superficie del río, amarradas por su nariz ó proa á una gruesa cadena de hierro, sujeta y tirante por medio de tornos colocados en dos calzadas, pesqueros ó machones fuertes, contruidos en oposicion á las orillas del río. En los años 1568 y 69 se construyeron puentes de madera sobre los rios Tajo y Almonte, y cesó por tanto el uso de las barcas; pero como las avenidas del año 1576 se llevaron estos puentes, se volvió al uso de las barcas en Alconetar; mas para evitar los cuantiosos gastos de dos lurias, y atendiendo á la vez á la comodidad de los ganados, se estableció otra Luria media legua mas abajo, donde van reunidos los dos rios, y pasa el camino de Garrovillas al Portezuelo, cuyo paso ó luria existe todavía.

¿Hay vestigios de haberse emprendido la reconstruccion de este puente? Tres veces se ha emprendido su reconstruccion, y de todas tres han quedado vestigios. De la primera quedan dos arcos intercalados entre los tres, que aun existen de arquitectura greco-romana; pero tan mal ejecutados, que son un borron afrentoso al lado de la perfeccion que brilla en los que son el resultado de la constancia, estudio, magestad y laboriosidad del pueblo romano. Se ignora cuando tuvo lugar esta tentativa de reconstruccion, y las causas que contribuyeron á su suspension. Las mismas dificultades militan por la segunda, quedando de ella solamente la noticia tradicional de que fué acometida por un señor obispo (acaso de Coria,) cuyo nombre y el de su diócesis, no se conservan; solo se sabe, que por esta causa se da el nombre del obispo á uno de los pilares, que levantan aun su cabeza sobre la superficie del agua.

Mas próxima á nosotros la tercera, conserva mas señales y vestigios; pero no una seguridad respecto al año en que se principió, y del motivo de su abandono. Hace años murieron personas que decian haber pagado contribucion para la reedificacion del puente de Alconetar, aunque sin expresar el año en que fuere, y tambien otros ancianos contemporáneos á los anteriores, aseguraban habian visto en pie el almacén de los maderas acopiadas para la obra; y á la casa blanca, situada en la punta misma de la confluencia de los rios Tajo y Almonte, con sus tejados, pisos de madera, rejas de hierro y puertas; y aun hay ancianos que aseguran haber pernoctado en la casa, bajo el techo de madera de la

alcoba de una sala; como tambien el haber visto pedacitos de madera podrida, incrustados en las cavidades ó cajas, que las vigas ocuparon: de todo lo que se deduce, que la casa blanca fué el resultado de la tercera tentativa de la reconstruccion del puente, y que tuvo lugar como á mediados del siglo próximo pasado.

A las inmediaciones de la Casa blanca, casi tocando á ella, hay una fortaleza antigua con su castillo ó torre construida en su parte mayor con sillares semejantes á los del puente arruinado. La planta de este castillo es cuadrilonga, y su lado meridional describe un triangulo rectángulo bien ejecutado; y aunque ninguna inscripcion, escrito, ni tradicion han llegado á nuestros dias relativa á su historia antigua, parece, si se atiende y considera la elevacion en que está colocada, su entrada, la estrechez y mala construccion de su escalera unidas á la oscuridad que en él habita, pertenece á la época en que los señores aseguraban el país conquistado á los moros por medio de estas fortalezas, en las cuales habitaban circuidos de sus mesnadas. Al presente no es susceptible de mucha resistencia, en atencion á estar dominado por muchas y próximas alturas.

En el día 31 de julio de 1810, fué tomada esta fortaleza á los franceses por las tropas del brigadier don Carlos de España, y en esta ocasion murió don José Veringuer, capitán de la compañía de carabineros del batallón tiradores de Castilla, á cuya memoria mandó construir su amigo el brigadier referido el sarcófago ya arruinado é inmediato á la casa de los Barqueros del duque, cuya inscripcion dice así: las dos rayitas=marcan la division de renglones=Al unico D^o to=do Poderoso=Aquí iace el valeroso Caⁿ =D.ⁿ Jose Verin=G.^r del Bata=ll^a de Tirado.* DE C.^s tilla q. a= La F.^r DE su eda=MVRIO Por la Reli=G.ⁿ L.^a Pat.^a i el Rey=Sieⁿ d.^o el Primo.=A l^a Cav.^a de su=Cop.^a de Cav.^a en asal=tar el puesto=DE Aln.^r en Doⁿ=DE Recib.^o la ME=El dia 31 de JVLIO=DEL AÑO DE 1810=A DE-bocion DE su amigo el Brigadier D.ⁿ Carlos de=España=†=animas.

Aun permanece en pie á la márgen derecha del río y entrada del puente arruinado, una columna miliaria, con una cavidad en la cabeza, donde debió colocarse la estátua pequeña del emperador Tiberio, á quien se refiere la inscripcion, ó la de algun dios mitológico, protector de los caminantes. La inscripcion está ilegible en la mitad primera del último renglon; pero se halla entera en el libro de antigüedades que el señor Franco, contemporáneo y amigo de Nebrija, escribió hace tres siglos, y que se halla hoy en Coria, dice así: TI-CÆSARI=DIVI-AVGVSTI=F=AVGVSTO=PONTIF MAX=TRIB-POTEST XXVII=esto es: á Tiberio César hijo de Divo Augusto, Augusto, Pontífice Máximo el año 27 de su potestad tribunicia.

Resta hablar del Castillo Quemado ó Rocha fria; con cuyos dos nombres se conoce una pequeña altura, cuyo lado oriental lame el Tajo, y por esta proximidad se llama charco ó hondura de Rocha fria la parte del río colindante con esta altura, colocada como en la distancia media entre la embocadura de los rios Almonte y Araya. Esta altura poblada de olivos y arbustos, sobre la cual debe apoyarse la cabeza del puente nuevo que ha de levantarse para la carretera nueva que se está construyendo, es notable por los muchos pedazos de piedra pomez que en ella se encuentran; y como esta piedra sea indudablemente volcánica, se deduce

que en la altura hubo un volcan, aunque las páginas históricas guardan un silencio profundo acerca de la época de su existencia; lo cual está conforme con el parecer sentado en un comunicado inserto en el *Diario de Badajoz* correspondiente al 14 de setiembre de 1832; y tambien parece comprobarse con los nombres mismos que aun conserva de *Castillo Quemado* y *Rochafria*. Poseídos del asombro los sencillos habitantes de este país, con la presencia de un volcan, cuyas causas físicas les eran desconocidas, aterrados con los estragos que en derredor causara, y no pudiendo designar con su nombre técnico el ruido subterráneo, las oscilaciones, las detonaciones, las erupciones ígneas y torrentes de lava que tal vez arrojará, marcaron esta série de fenómenos con el nombre sencillo, al par que significativo, de monte, altura ó castillo quemado; cual si dijeran: este monte está abrasado por un fuego desconocido; y cuyo nombre debió durar en tanto que el volcan estuvo en actividad. Mas luego que cesó su aspecto imponente, ya porque se consumieran las materias que lo producian, ó ya porque se abriera un cráter nuevo en el fondo del rio, y su caudalosa corriente apagara las materias inflamadas entonces, es de creer le dieron el nombre de Roca ó Rocha fria; cual si dijeran: esta altura y sus rocas que estuvieron un tiempo abrasadas y enrojecidas, hoy están apagadas y frias.

Dudosas son, como basadas en conjeturas, las noticias precedentes sobre el *Puente de Alconetar*; pero es lo mas cierto y probable, y tanto es así, que algunos lo tienen por lo exacto y verdadero.

Garrovillas 18 de abril de 1858.

VICENTE BLANES CASTILLO.

SUIZA.—THÜN.

En el núm. 6 de este mismo año, páginas 131 y 132, hemos dado algunos apuntes y una vista de la villa de Thün; vamos á completarlos ahora con el grabado del *Album* que le corresponde y con las siguientes líneas, que extractamos de un libro sobre la Suiza, publicado en París hace poco tiempo.

La villa de Thün pertenece al canton de Berna, y ocupa una posicion de las mas bellas y pintorescas de este bello y pintoresco país. Es de origen antiguo, y sus casas colocadas en fila en una línea estensa, parece, vistas de lejos, que corren unas tras de las otras; baña la poblacion el rio Aar que en el centro forma una pequeña isla cubierta de habitaciones, á la que dan el nombre poético de *Rosengarten*, que significa Jardin de las rosas. Thün, con sus tres puertas y sus dos puentes, uno á cada extremo, aunque no tiene mas que dos mil y quinientos habitantes, presenta el aspecto de una poblacion de mucha mas importancia. A la parte Este, el Grösisberg, masa de rocas arrojadas allí como por un derrumbamiento, intercepta la vista; pero por los demas lados se descubre un ancho horizonte, sobre todo, á medida que desde la villa se va ascendiendo. Una torre octógona que domina una iglesia antigua, el palacio del gobernador, la casa de ayuntamiento, una biblioteca con siete á ocho mil volúmenes, el hospicio y la escuela de artillería; hé aquí sus edificios notables, que ciertamente

no merecen la pena de ocupar al viajero porque no es esto lo que se busca en Thün. A lo que se va á esta villa es á gozar de la naturaleza en sus espectáculos mas variados y mas grandiosos; se va para sentarse y meditar en el pabellon de San Jacobo, en Bacchi-Haelzi, en Schwabis ó en Schadan, deliciosos paseos que nadie abandonaria, si el lago con sus aguas transparentes y sus encantadores paisajes, y si los Alpes con sus palacios de hielo y sus resplandecientes picos, no produjesen una especie de atraccion magnética.

Sin duda la posicion central de Thün es la que le ha proporcionado el triste privilegio de poseer un parque de artillería y un polígono, y de enseñar á los hombres el arte de destruir sábiamente á sus semejantes. El príncipe Luis Napoleón Bonaparte, hoy emperador de los franceses, para utilizar la ociosidad del destierro, pasó muchos años en la escuela militar de Thün, donde es fama que aventajó á todos los discípulos. En 1834 publicó un libro notable sobre artillería, en el que parece haberse infiltrado algunas de las ideas luminosas de Napoleón el Grande. El gobierno de Berna creyó deber recompensar el mérito de una obra escrita bajo la inspiracion de su escuela, y concedió al autor el grado de capitán, que el príncipe aceptó de la manera siguiente:

AL PRESIDENTE DEL SENADO DE BERNA.

«Señor presidente:

«Acabo de recibir el despacho que me anuncia que el consejo ejecutivo de la villa de Berna me ha nombrado capitán de artillería, y me apresuro á manifestaros mi gratitud, porque habeis satisfecho enmiplidamente mi deseo. Mi patria, ó mejor dicho, el gobierno de la Francia, me repulsa porque soy el sobrino de un hombre grande: vosotros sois mas justos conmigo, y yo tengo á orgullo contarme en el número de los defensores de un Estado donde la soberanía del pueblo está reconocida como base de la constitucion, y donde cada ciudadano está pronto á sacrificarse por la libertad y la independencia de su país.

«Recibid, señor presidente, la seguridad de mis sentimientos distinguidos.»

«Firmado.—NAPOLEON LUIS BONAPARTE.»

Este nombramiento honorífico, sin embargo, no obligaba al príncipe á nada, de la misma manera que no obligan á servir al Czar los breves de miembros correspondientes de las academias rusas, que se dan á los sábios estrangeros bajo la forma ó título de capitán y de coronel de los ejércitos del Imperio.

Después de visitar á Thün, ningún viajero deja de recorrer las orillas del lago del mismo nombre y el de Brient, alimentados ambos por el rio Aar, y separados uno de otro por la encantadora aldea de Interlaken (entre lagos) cuyo solo nombre indica su posicion.

SINONIMOS CASTELLANOS.

CON, NO SIN.

Siendo *sin* lo contrario de *con*, parece que debería equivaler á esta preposicion la primera, precedida del ad-

verbo *no*; pero no es así, porque la locucion *no sin* tiene ménos fuerza, afirma ménos que el simple monosílabo *con*. Decir, por ejemplo, que una señorita canta *no sin gracia*, es alabarla ménos que diciendo que canta *con gracia*; conseguir *con* dificultad alguna cosa es más costoso ó más árduo que conseguirla *no sin* dificultad. Con todo, la mayor ó menor energía de estas y otras expresiones suele consistir en el modo de articularlas.

CONSIDERACIONES, CONTEMPLACIONES, MIRAMIENTOS.

Ponemos en plural estos nombres, porque así es como de ordinario se usan en el concepto que más los asemeja. Se tienen *consideraciones* con el huésped, con el forastero, con el que nos visita de cumplimiento, con los vecinos, á quienes no es razon incomodar, con las quejas del desgraciado, aunque á veces sean injustas ó exageradas. Se guardan *consideraciones* á personas respetables por la dignidad en que están constituidas, por su mérito sobresaliente ó sus señalados servicios. Se tienen *contemplaciones* con los niños, con los enfermos, con los ancianos, con personas á quienes debemos ó de quienes esperamos favores ó bienes. Hay *miramientos* recíprocos entre las personas prudentes y bien educadas, no sólo por mera cortesía, sino porque á todos nos interesa (y este es el verdadero sentido del vocablo) no enemistarnos con nadie.

CONSTAR, SABER.

La única sinonimia que consienten estos verbos, pues ambos tienen otras acepciones, es cuando significan que se tiene conocimiento de un hecho ó suceso. Aun así, el conocimiento que expresa el verbo *saber* no es tan exacto y seguro como el indicado por el verbo *constar*. *Se sabe* á veces una cosa de oídas, en globo, al poco más ó ménos; pero en lo que *consta* hay siempre certidumbre. Dicese, por ejemplo: *sé* que la persona por quien preguntas está en Madrid, porque todos me lo aseguran y en diez periódicos se anuncia; pero no me *consta*, porque no la he visto. Para que no se dude de lo que se afirma por tener de ello ciencia cierta, ó hay que decir que *consta* ó me *consta*, ó suplir este verbo con el otro añadiendo otras voces que corroboren la aseveracion, como lo *sé* ó *se sabe* de fijo, positivamente, á no dudarlo, etc. Cuando la noticia ó la indagacion no se contraen á cosas determinadas y concretas, no nos servimos del verbo *constar*, sino del otro; v. g.: ¿Qué *se sabe* de Marruecos?—No *sé* á dónde dirigirme.—¿*Se sabe* quien gobierna?—Mañana *sabré* de mi hermano. Para lo consignado por escrito se recurre siempre al verbo *constar*; v. g.: *consta* en autos, en el padron, en el expediente, en el archivo.

CONSTRUIR, ELABORAR, FABRICAR, LABRAR.

Tienen un punto de contacto en su significacion estas voces, y es el de indicar todas ellas que se trabaja, para emplearla en los usos sociales, la materia bruta. *Construir* y *fabricar* son además sinónimos en varias aplicaciones: se *construye* ó se *fabrica* una casa, un puente, un dique y la mayor parte de las obras de arquitectura terrestre; ya en la paval se prefiere el uso del primer verbo al segundo, y tampoco se dice *fabricar*, sino *construir*, un camino. Lo mismo sucede con

ciertas obras de trabajo pulcro, minucioso y de complicado mecanismo, como relojes, y toda clase de máquinas. Á obras que no tienen estas condiciones, aunque entre muchas harto groseras las hay delicadas y primorosas, se adapta la voz *fabricar* mejor que la de *construir*, ó con exclusion de esta, como el papel, las telas, los naipes, las velas, etc. Los zapateros y otros artesanos se adjudican, no sé si con bastante derecho, el título de *fabricantes*.

Labrar, aunque no es muy raro el decirlo como equivalente de *fabricar*, en lo relativo á edificios, se refiere (dejando aparte la principal acepcion contraída á la agricultura) á la materialidad de dar forma de mesa ó de otro mueble ó artefacto, á la madera, la piedra, el vidrio y otras materias, sin suponer en el que lo hace, otra cosa que la obra de mano, y la poca ó mucha destreza que se adquiere con la práctica, unida á algunas nociones elementales, al paso que la *construccion* y la *fabricacion* exigen mayores conocimientos y más capacidad.

Elaborar dice relacion especialmente, si bien suele darse al término más latitud, á manipulaciones químicas, metalúrgicas y otras análogas. Por eso los farmacéuticos, los eusayadores de metales, los destiladores y otros ártífices, llaman *laboratorios* á sus oficinas.

CONTÍNUO. INCESANTE. PERENNE.

Es *continuo* lo que, mientras dura, no se interrumpe un solo instante; pero lo es tambien lo que cesa en ciertos períodos de tiempo, y en otros se reproduce constantemente: en el primer caso se halla la calentura del tísico confirmado, que sin tregua le consume hasta llevarle al sepulcro: están en el segundo las visitas que le hace el médico y los gastos que le va ocasionando la enfermedad.

En lo *incesante* no hay intermision, pero le vemos ó le suponemos un término más ó ménos lejano. Son *incesantes*, decimos, los clamores de un pueblo mal gobernado, y cuya sustancia exprime sin piedad el fisco, las importunidades de los pretendientes, los chismes y altercados entre suegras y nueras, etc.; pero esperamos que otro gabinete más justo y entendido acallará dichos clamores; medidas acertadas, de buena administracion, y entre otras la de no dejarse llevar del espíritu de partido, sino de la equidad y la economía bien entendida en la provision de los destinos, acabarán con la empleomanía, ó siquiera le pondrán coto; y ya que sea punto ménos que imposible la reconciliacion de nuera y suegra, con separarlas á cien leguas una de otra, ó con morirse una de las dos, la casa quedará como una balsa de aceite.

Lo *perenne*, sin llegar á ser *perpétuo* ni *eterno* (de la sinonimia de estos términos ya han tratado con acierto otros autores) es lo que, en el órden físico, tiene una existencia, una duracion no interrumpida, por causas naturales que no están á nuestro alcance, ó lo están mucho ménos que las que constituyen lo *continuo* ó lo *incesante*. No vemos cómo y por qué son *perennes* unos manantiales, y otros no lo son; *perenne* es el verdor de las hojas en el laurel y otros árboles, cuando hay tantos que se despojan de ellas despues de haberlas descolorido y secado el otoño; pero vemos la sucesion, iteracion ó agregacion de los elementos materiales ó inmatereales que producen lo *continuo* ó lo *incesante*. Si hay casos en que á lo *incesante* ó á lo *continuo* se le suele

llamar *perenne*, es por hipérbole; pero aunque lo *continuo* y lo *incesante* sean también condiciones de lo *perenne*, á una fuente que nunca deja de brotar, ni se acostumbra ni sería propio el llamarla *incesante* ó *continua* como se la llama *perenne*.

MANUEL BRETON DE LOS HERREROS.

HISTORIA NATURAL EN ACCION.

LOS PERROS Y SUS AMOS.

¿Es el perro, el que se parece al hombre, ó el hombre es el que se parece al perro? Este hecho lo ha demostrado sin explicarlo el ingenioso lapiz de Stop. ¿Qué cosa hay en efecto mas semejante que ese ciego y su guia; ese portero y su dogo; ese pastor y su mastin; ese carcelero y su alano; esa señora y su galgo; ese cazador y su perro pachon, y esa inglesa y su falderillo inglés? Y nótese bien que el dibujante no ha recargado el dibujo, ni en los amos ni en los perros. Se ha limitado á pintarlos tales como ellos son; le ha bastado ponerlos juntos para comprobar su semejanza.

Verdadero triunfo de la composicion física de la naturaleza y de la armonía de las pasiones; ó mas bien admirable y esquisita prueba de este axioma de Charlet: lo mejor que hay en el hombre es el perro, y de esta proposicion de los naturalistas y de los filósofos, se deduce que los animales son como los hombres, lo que de ellos hace la educacion.

Es cierto que el papel social del perro, ha sido desconocido por Buffon y por sus ilustres sucesores, y que nadie ha desmentido aquellos hechos capitales observados por el autor del *Espíritu de los animales*.

La civilizacion ha nacido en Oriente, patria del perro.

Las naciones que han permanecido en la barbarie, los pieles rojas de América, los negros africanos, los peruanos, y los aztecas, los antropófagos del Norte, etc., son naciones donde no hay perros. ¿Por qué el caribe se come á sus semejantes, que respeta el esquimal? ¿Por qué subsiste el canibalismo en las afortunadas regiones del Ecuador, en Borneo, en Célebes, en Timor, y jamás ha penetrado bajo la pobre tienda del lapon, del ostiak y del samoyedo? La naturaleza ha concedido todos sus dones al Ecuador excepto el perro, y ha concedido al lapon el perro, negándole todos los demas.

Los antepasados del griego, del romano, del árabe, del egipcio, del caldeo, del tártaro, eran patriarcas que tenían perros. Gracias á los perros tuvieron ganado: es decir, una subsistencia asegurada y tiempo que perder descansando, estudiaron los astros, adquirieron la ciencia, crearon la industria y las artes, mientras el salvaje del nuevo continente gastaba su vida y sus facultades en disputar su alimento á las aves de rapiña y á las bestias feroces.

¿Qué hay de admirable, pues, con esto en las relaciones del perro con el hombre civilizado?

En estas relaciones muchas veces es el animal el amo del que lleva el título.

Abrase por ejemplo el hermoso libro de *Mr. Resbecc*, sobre los muelles de París y hallaremos la interesante aventura del perro de un ciego.

«Caminaba, dice el autor, á lo largo del muelle Malakés y habia llegado casi al extremo lindante con el puente de los Santos Padres, cuando oí detrás de mí como el ruido del roce de una cosa. Era un ciego que llevando atado un perrillo con una cuerda en la mano izquierda pasaba á la derecha sobre los libros examinándolos á su manera. Mira, Turco, dijo, aquí me apoyo, sobre razonadores, razonadores que han pensado mucho, empero razonadores silenciosos. Despues parándose de pronto, porque con el maravilloso tacto de los ciegos conocia que habia llegado el momento de marcharse: Caballero, me dijo, ¿no estoy en frente de la calle de los Santos Padres? Si, le respondí, pero hay muchos carruages.

—«Eso no importa nada, replicó, Turco me vá á pasar allí. Despues tirando de la cuerda de su fiel compañero, dijo: vamos, Turco, pásame.

«Entonces Mr. de *Resbecc* fue testigo de un espectáculo admirable: aquel desgraciado perro que hasta aquel momento habia guiado á su amo sin ruido, se puso meneando la cabeza á derecha é izquierda á ladrar con fuerza, para hacerse notar de los cocheros y los caballos para que reparasen en el hombre cuya enfermedad protegia. No cesó con sus lamentos y sus advertencias hasta que el pobre ciego hubo pasado al otro extremo de la calle de los Santos Padres. Todos los que pasaban se conmovieron y derramaron lágrimas ante tan tierno espectáculo.»

Ese perro del ciego, ese dogo, ese mastin, ese alano, ese pachon, ese galgo y ese falderillo, no han seguido los cursos en la universidad central, ni se han matriculado en ella, ni han salido bien de los exámenes, y sin embargo, ¡qué doctor muy armado de su tesis, qué profundo jurisconsulto, qué abogado podrá escuderles en la ciencia del derecho romano, en la defensa de la propiedad, en la gran distincion de *lo tuyo y de lo mio*, en el arte de conservar el orden público y particular! ¿Qué decimos arte y ciencias? todavía mucho mas. Se ve en estos admirables animales la conciencia y el instinto. Lo que sus amos aprenden y discuten laboriosamente, ellos lo adivinan y ejecutan con espontaneidad. ¿Veis esa pesada diligencia que amenaza aplastar á los que van por la calle y romper las puertas de las tiendas? ¿Qué municipales ni empleados de policía la harán que marche al paso? Todos los perros de la calle se tiran á la cabeza de los caballos, muerden las ruedas, ladran al postillon, y su látigo no es bastante á detenerlos en el cumplimiento de su deber. Marcha un ginete al galope comprometiendo la seguridad pública, y los perros le ladran gritándole á su manera: id al paso, segun previene la ley, y no tendremos nada que decir.

¿Veis ese desconocido de traza sospechosa que llega á vuestra puerta, ese mendigo cubierto de harapos que examina la cancela del portal? pues no es el portero, ni un municipal ó salvaguardia el que se llegará el primero á preguntarle su nombre y pedirle su pasaporte. No, no; es el perro de la casa, y no lo dejará entrar, sino cuando se lo hayan mandado formalmente. Y todavía despues lo seguirá con ojo atento y un sordo gruñido hasta que quede bien convencido de que no viene á sorprender á su amo.

Ese perro de la casa, bajo todas las formas que se le dibuje defenderá la propiedad de su amo hecho á su semejanza, el platillo de la limosna del ciego, el cuarto del portero, las ovejas del pastor, el prisionero de la ley, las pie-

zas de caza, el carruaje y el chal de la linda y aristocrática señora.

Agradeciendo un día la clemencia de su juez un ladrón se llegó á él y le dijo estas palabras:



Los perros y sus amos.

—Voy á pagar el favor que os debo con un excelente consejo. Si quereis que nunca os roben, haced guardar vuestra casa de noche por una luz, y por un perrillo de noche y de día. Jamás desafiarnos la claridad de una lamparilla ni la fidelidad y decision de un gozquecillo.